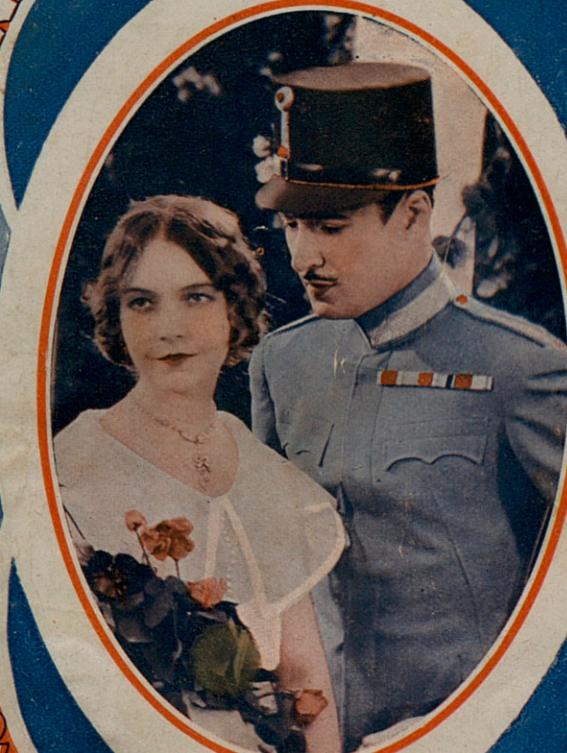


LA NOVELA
CINEMATOGRAFICA SEMANAL
MODERNA



No

526

LILLIAN GISH

CONRAD NAGEL
ROD LA ROCQUE

UNA NOCHE ROMANTICA

25
cts

STEIN, Paul L.

LA NOVELA
SEMANAL CINEMATOGRAFICA
MODERNA
EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN: **Francisco - Mario Bistagne**
Pasaje de la Paz, 10 bis · Teléfono 18551

AÑO X BARCELONA N.º 526

One Romantic Night, 1930

Una noche romántica

Interesante asunto, interpretado por
Lillian Gish, Rod La Rocque, Conrad Nagel,
Marie Dressler, etc.



Exclusiva de
Los Artistas Asociados

Rambla de Cataluña, 66 BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
DOROTHY SEBASTIAN



esa mujer con la que él, ni por ninguna razón de Estado, se hallaba dispuesto a casarse.

La víspera de su partida, el príncipe había reunido a sus amistades. La cena había sido alegre. Alberto prometió volver.

Nina, la amiga de turno del príncipe, se hallaba inconsolable.

—Vamos, Nina, no llores. Yo regresaré muy pronto.

—Sí... con la princesa.

—No me casarán tan fácilmente... ¡Adoro mi libertad!

—Iba a salir, cuando penetró en el salón la bailarina Mitzi.

—Mitzi, ¿cómo no la he visto a usted antes?

—Su ayudante Luzten se niega a traerme a sus fiestas. Dice que no soy su tipo.

—¡Qué tontería! Amigos míos, les presento a Mitzi. Se quedará aquí y procurará que nadie se aburra hasta mi regreso. Hoy es miércoles... el domingo regresaré... ¡Qué siga la fiesta! ¡Música, champaña... y Mitzi!

Y después de besar a varias mujercitas, sobre todo a Nina, que parecía convertida en una heroína de amor, abandonó definitivamente los salones acompañado del conde de Lutzen, su ayudante de campo, para dirigirse al país de la princesa desconocida.

Al salir habló con el canciller del Imperio, que había ido a despedirse de él.

—Querido canciller, hábleme usted un poco de esa princesa Alejandra.

Una noche romántica

Argumento de la película

La vida del príncipe Alberto era frívola y alegra. Mimado por la fortuna, por la juventud y el amor, su existencia se deslizaba en una atmósfera de tibio placer. No pensaba en otra cosa que en divertirse. En su palacio se celebraban constantes fiestas y se rendía culto a todas las deidades paganas.

Pero los padres de Alberto, emperadores de la nación, habían dispuesto que terminase aquella vida de orgía. Querían casarlo con la princesa de un Estado vecino, la princesita Alejandra.

Alberto quiso oponerse a la voluntad de sus padres; pero como éstos insistieran de modo terminante, vióse en la precisión de marchar a visitar a la princesa Alejandra para conocer a

—El emperador desea que la pida usted en matrimonio cuando él se lo ordene.

—Usted se da mucha maña para enredar las cosas, canciller; pero yo me las daré para desenredarlas...

Y con un gesto pícaro subió en el soberbio automóvil que esperaba ante el portal.

* * *

Era la princesita Alejandra, una rubia y espiritual criatura, a la que su madre se había empeñado en casar sin amor. Ella se sentía disgustada por aquel propósito de boda con un príncipe desconocido, con un hombre que a lo mejor le resultaba antipático. Sabía también que al príncipe Alberto le imponían igualmente aquel matrimonio, y la muchacha no quería que ninguno de los dos se sacrificase.

La princesita tenía dos hermanos menores, a quienes educaba el profesor Haller, un guapo y silencioso muchacho, que amaba con la timidez de lo imposible a la rubia Alejandra.

Una mañana Alejandra se encontraba en el jardín con sus dos hermanitos.

Uno de éstos leía un libro de cuentos.

—*Adiós, princesita!* —dijo el pastor—. Me vuelvo a mi aldea, puesto que mañana te casarás con tu príncipe.

—Es un libro de cuentos de hadas que vamos a leerle al profesor Haller — explicó el niño.

La princesita sonrió al recordar al profesor. Ella, con su fina intuición de mujer, adivinaba que Haller la quería con un amor imposible. Al ver la actitud siempre turbada y melancólica de él, Alejandra sentía viva compasión por aquel muchacho. No podía amarle, pero le inspiraba una gran piedad.

No tardó en aparecer Haller, quien, después de saludar tímidamente a la princesa, se dispuso a marcharse con los niños para darles su lección.

Los chiquillos hablaban del príncipe Alberto que, según habían oído decir, estaba en palacio para pedir en matrimonio a Alejandra.

Sus hermanos están muy excitados con la llegada del príncipe Alberto —dijo Haller con melancolía, pues conocía el motivo de su presencia.

—Me parece que ellos exageran la importancia de la visita —contestó con dulzura.

—Por ser princesa, le será a usted difícil encontrar la felicidad en el matrimonio.

—No creo que deba discutir con usted esta cuestión —contestó un poco ofendida.

—Perdone, Alteza!

Alejandra le miró con una actitud menos hostil y volvió al interior del palacio, mientras Haller comenzaba a dar sus lecciones a los dos niños, que sonreían y parecían adivinar el motivo de aquella turbación.

Mientras tanto, la princesa Beatriz, madre de Alejandra, estaba departiendo con su hermano Manuel, que era fraile benedictino.

—Alberto duerme aún. Llegó anoche. ¡Y tú, carísimo hermano, todavía desayunando a las once de la mañana!

—Muy excitada estás—dijo el fraile.

—Perdona mis nervios. ¡Pero si supieses qué de preocupaciones tengo estos días!

—¿Quizá Alejandra rechaza las insinuaciones de Alberto?

—¡Oh, no puedo creerlo! Ella dice que no quiere casarse a la fuerza, mas debo convencerla. Ya sabes que esa boda es nuestra única salvación. Estamos casi en la ruina.

—Ya, ya...

Llegó Alejandra, y su madre le aconsejó que cuando hablase con el príncipe procurase quedarse a solas con él.

Ella hizo un mohín de disgusto.

—¿No tienes ambición?—le dijo su madre.

—¿Crees que todos los días va a venir un príncipe a pedir tu mano?

—Comprendo—respondió con tristeza—. No nos queda más que nuestro nombre, y en estas condiciones no es fácil casarse.

—Cuando estés a solas con Alberto, procura hacértele simpática. Piensa lo dichosa que serás cuando Alberto sea tu marido...

Apareció un mayordomo, anunciando que Su Alteza bajaba de sus habitaciones.

La princesita palideció. ¿Cómo sería aquel hombre de quien le habían contado llevaba una existencia pecaminosa, entregado siempre a sus conquistas de Don Juan?

Alberto descendía la amplia y magnífica escalera acompañado del conde de Lutzen.

—Si me sacas de aquí, Lutzen, te concederé por salvamento bajo el fuego enemigo.

—Haré lo posible, señor.

Alberto había llegado la noche anterior, cuando ya la princesita, pretextando jaqueca, se había retirado a su cuarto. Así es que no la conocía, habiendo sido recibido únicamente por Beatriz y su hermano.

Pero ahora, al ver ante él a la linda rubia que querían fuese su esposa, sonrió, alegramente complacido. ¡Era guapa de verdad! El emperador había hecho bien las cosas.

Besó gentilmente la mano de Alejandra y pronunció unas palabras de agradable cumplido, en elogio de la belleza de la damita y de gratitud por la hospitalidad que le brindaban.

A la princesa no le pareció tampoco desgradable el pretendiente. Era buen mozo, tenía el don de la simpatía. Pero recordó que Alberto tenía fama de alegre juerguista y que también a él le imponían por fuerza el proyecto matrimonial.

En tales circunstancias, nunca Alejandra le aceptaría.

Alejandra y Alberto fueron a dar un paseo por el jardín, mientras la princesa Beatriz sonreía a su hermano Manuel, segura de que el forastero se declararía a la primera ocasión.

El conde de Lutzen quedó en los salones, esperando la primera oportunidad para salvar a Alberto de la compañía molesta de la princesa.

Los dos jóvenes, paseando por las alamedas, charlaban de cosas triviales. Ambos estaban mutuamente sorprendidos. El, porque no creía encontrar tal belleza. Alejandra, porque se había forjado al príncipe de una manera distinta, desagradable.

Encontraron a los dos hermanitos de Alejandra, que estaban aprendiendo lecciones de esgrima con el profesor Haller.

—Son mis hermanos... y su preceptor—explicó Alejandra.

Haller saludó cortésmente, mientras los niños se inclinaban con una gran reverencia.

—Continúen, continúen la lección—dijo Alberto—. Veo que no enseña usted a sus discípulos solamente las ciencias, sino también el sport.

—Haller es astrónomo—dijo la princesa sonriente—. Sabe el nombre de todas las estrellas.

—Es una suerte el tener un preceptor tan... enciclopédico.

Siguieron los príncipes su camino, mientras Haller quedaba contemplando al rival triunfante. ¡El, el sabio, el hombre humilde e insignificante, jamás conseguiría el amor de la princesa!

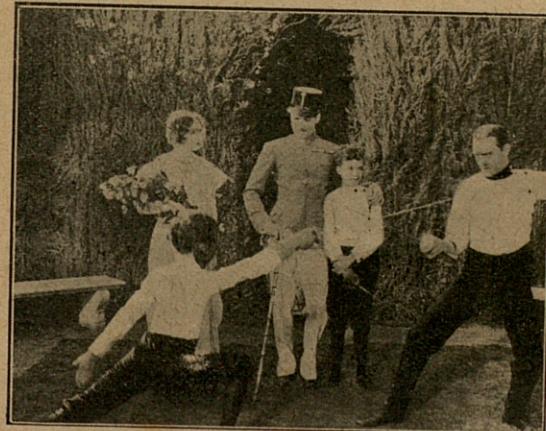
Continuó su lección de esgrima, pero aparecía falso de seguridad, y aun uno de sus discípulos consiguió vencerle en un asalto.

—No presumas, Jorge—dijo uno de los príncipes a su hermano—. No le habrías tocado si Haller no hubiese estado preocupado por... alguien.

Los chiquillos parecían adivinar lo que pa-

saba por el alma del preceptor que, siempre sereno y tranquilo, sólo se turbaba y apenas sabía pronunciar unas palabras ante Alejandra.

Entretanto, los dos jóvenes seguían deambulando por el jardín. Ella le mostraba unos rosales.



—Son mis hermanos... y su preceptor.

—¿Los plantó usted misma?—dijo Alberto.

—No; los riego solamente—contestó con su voz dulce y clara la princesa.

—Es usted una mujer encantadora... la más bella que yo haya conocido jamás—dijo el joven con sinceridad, pues en el poco rato que había estado hablando con ella, se había ido sintiendo cautivado de modo irresistible.

Alejandra, que esperaba que Alberto la hiciera la corte, quiso evitarlo. El príncipe le era simpático, pero ella jamás toleraría un amor por conveniencia.

—Alberto, ¿va usted a hacerme una declaración en regla? —le preguntó.

—Alejandra, yo...

—No tema... No le pido que me la haga.

El príncipe aparecía sorprendido.

—Comprendo que una declaración sería muy violenta para usted. ¿Por qué no tratamos de olvidar el motivo de su visita?

—Alejandra, le repito que es usted encantadora —le respondió él, turbado por la inesperada resolución.

—Hábleme de todo, menos de lo que querían que hablase... ¿No querrá usted contarme esas fiestas que da tan a menudo? Y esas mujeres que le aman... ¿son tantas como dicen?

—Yo no pienso en ellas —contestó Alberto serenándose—. Preferiría que hablásemos de usted.

—¿Por qué? Yo voy a serle franca. Sé que a usted le han obligado a venir para casarse conmigo. Y eso no lo quiero... no aceptaré nunca su sacrificio...

—Alejandra... ¿y si yo le dijese que de veras la amo, que no es sólo negocio de Estado lo que me lleva a hablar así?

—No lo creería.

Apareció Lutzen, quien, dispuesto a alejar a su señor de la que consideraba penosa entrevista, dijo:

—Perdón... El Jefe del Cuarto Militar llama a Su Alteza por teléfono.

Alberto, que se sentía interesadísimo por Alejandra, porque su belleza, su dulzura, su ingenuidad le atraían de modo extraordinario, contestó al importuno:

—Dile que yo le telefonearé después.

—Pero, Alteza, una consulta política... —insistió el ayudante, creyendo que era su deber hacerlo.

—¡La política puede esperar!

—No se quede por mí, Alberto —dijo la princesa.

—¿En qué mejor lugar estaría que a su lado?

—No me explique nada... Comprendo —dijo ella, viendo la sorpresa del ayudante y creyendo que todo era un plan convenido para alejar al príncipe de ella—. Yo tengo que hacer también... Le dejo libre.

Y alejóse rápidamente, mientras el ayudante se reía al ver que había conseguido separarlos.

—¿Qué es lo que te hace reír, idiota? —exclamó Alberto.

—Pero, Alteza, Yo creí haceros un favor...

—¡Basta! No me vuelvas a separar de esa mujer. Y no te apures, de todos modos tendrás tu condecoración.

Lutzen movió los hombros con extrañeza. ¡A fe que no comprendía a su señor!

* * *

Cuando la princesa Beatriz se enteró de que la entrevista entre su hija y el príncipe Alberto no había dado el resultado apetecido, fué víctima de una rabia.

—Pero, habla, habla—le decía a Alejandra.—Es pedirte demasiado que le digas bien a tu madre lo que ha sucedido?

—No sucedió nada... Hablé con Alberto y después se presentó el conde de Lutzen. Aprovechando su presencia, me retiré.

—Eres una estúpida!

—Le he desengañado. He creído que sería mejor ser franca y sincera con Alberto, en vez de tenderle un lazo.

—Pero, ¿qué es lo que le has dicho?

—Le he dicho la verdad.

—Tú no sabes que la verdad no se le dice a ningún hombre?

—Pues yo no soy así.

—Tonta, tonta! Y es capaz Alberto de marcharse... sin que podamos formalizar el casamiento. Pues, es necesario que Alberto no se vaya así. Mira, para una mujer, no hay más que un medio de ganarse el interés de un hombre: conseguir que otro hombre se interese por ella.

—¿Y qué?

—Tengo una idea. Vas a invitar al preceptor al baile de esta noche, y le permitirás que baila contigo.

—Pero...

—Aunque no corra por sus venas sangre azul, no deja de ser un hombre como los demás.

—;Y si estuviese enamorado de mí?

—;Tienes alguna razón para suponerlo?

—Muchas veces le he visto turbarse al hablarle.

—Háblale de las estrellas. Es un tema de conversación inofensivo.

—Bueno, mamá; te obedeceré.

Y la bella princesita se dirigió a ver a Haller y le propuso:

—;Le gustaría asistir al baile que damos esta noche en honor del príncipe?

—Honradísimo... Tanto más cuanto que la invitación viene de Su Alteza—dijo el pobre enamorado, sin pensar que querían hacerle servir de juguete en provecho ajeno.

—Confío que bailará usted conmigo y me hablará de las estrellas.

—Alteza, me promete usted la noche más hermosa de mi vida.

—Cuento, entonces, con usted.

Y aquella noche, Haller, vestido impecablemente de frac, asistió a la fiesta y bailó con la princesa Alejandra.

Mientras bailaban, ella le contemplaba con cierta piedad, comprendiendo todo lo que pasaba por el alma del joven. Y ella no le podía

querer, pero aunque le hubiese querido, jamás podría realizarse aquel matrimonio desigual.

—¡No puede usted imaginarse lo dichoso que soy esta noche! —suspiró el profesor.

—¿No preferiría usted contemplar las estrellas? —le dijo ella riendo, aludiendo a su manía astronómica.

La fiesta se hallaba en su apogeo. El príncipe Alberto había condecorado a varios magnates y naseaba por el salón viendo cómo la princesa danzaba con el profesor.

Los celos, suaves y de guante blanco, le arañaron el alma. ¡Y qué hermosa estaba la princesita! La iba queriendo cada vez más. Pero, ¿tendría acaso un rival? ¿No estaría la princesa enamorada del profesor?

Sonriente, avanzó hacia la pareja, una vez ésta hubo acabado de bailar.

Después de besar la mano de Alejandra y decirle unas palabras de cumplido, agregó, mirando al preceptor:

—Profesor Haller, me admira la variedad de sus actividades. Baila usted muy bien.

—Estoy convencido de ello —contestó el profesor, que adivinó un puntito de ironía en aquellas palabras.

Y luego agregó:

—Su Alteza la princesa me ha expresado su deseo de visitar el Observatorio y contemplar los astros...

—Creo que no me entendió usted. Yo... —dijo Alejandra.

—Pero, Alejandra —dijo el príncipe —, hace

una noche ideal para observar los astros, y tendrá usted un astrónomo a su disposición.

Alejandra, un poco violenta, dió su brazo a Haller, y marchó con él a la azotea, donde había una lente ecuatorial, para contemplar el cielo estrellado.



—Baila usted muy bien.

La princesa Beatriz, que iba siempre acompañada de su dama de honor, había visto alejarse a su hija con Haller.

—¡Dios mío! ¡Haz parar la orquesta! El próximo baile es el que precede a la cena, y Alejandra debe bailarlo con Alberto.

La orquesta cesó de tocar, esperando nuevas órdenes.

Alberto se dirigió a una terraza y desde allí vió a la princesa y a Haller que departían en el observatorio.

El conde de Lutzen se acercó a él.

—Estáis de suerte, Alteza. Otro hombre hace el amor a la princesa. Ya estamos tranquilos.

—Esa observación no me parece divertida, Lutzen.

—No trato de divertirle, sino de felicitarle.

—Pues, no lo hagas. Estoy sufriendo. Creo que me voy enamorando de ella.

Y sus ojos quedaron fijos en la pareja juvenil que allá en lo alto tal vez platicase de amores.

* * *

Alejandra contemplaba a Haller, que estaba inmóvil, silencioso, como saturándose del perfume de aquella noche que traía auras de romanticismo.

—Haller... creí que iba usted a enseñarme los astros...

—Mi pensamiento no está en los astros... Está... en vuestra belleza—contestó con apasionamiento.

Ella le miró sorprendida.

—¡Dios mío! Usted nunca se atrevió a hablarme así...

—He podido hablar tan pocas veces con Vues-
tra Alteza... y, sin embargo, tengo tantas cosas que decirle...

—¿Por qué dice esas cosas? ¿Ignora que no se puede soñar en lo imposible?

—Nunca lo hubiera dicho, pero hoy, de pronto, mientras bailábamos, Vuestra Alteza empezó a mirarme de una manera distinta de como lo había hecho antes... Me miró como si yo fuese un enamorado.

—¿Cómo pudo usted creer? Si nada le dije... de particular.

—No fueron sus palabras, sino la manera de decirlas... y ahora ya no puedo hablar como antes, princesita...

Ella le envolvió en una mirada de bondad. ¡Pobre muchacho! Estaba desempeñando un desairado papel en la farsa. Provocar celos al príncipe. Sintió por él una gran ternura, y le dijo:

—Es preciso que sepa usted una cosa. Estoy tan avergonzada...

—Todo lo que Vuestra Alteza me diga, me hará feliz.

—Al contrario, le dará pena. Y debe usted prometerme no volver a hablarme.

—¿Tan desagradable le soy?

—¿Por qué soñar en lo que nunca ha de ser? Mi madre sólo tuvo una ambición: verme esposa de un príncipe. Y creyó que se despertaría el interés de Alberto si hubiese otro hombre... ¿comprende? Me desprecia usted, ¿verdad?

Todo lo comprendió el romántico preceptor. Si la princesita había estado cariñosa con él, si le había honrado bailando, era para dar celos al príncipe Alberto. Pero, ¿qué importaba ser

una víctima? Su alma pura se conformaba con la alegría de amar, aunque sin ser amado.

—¡La adoro, princesa! —respondió—. Y ahora, ¿puedo seguir adorándola sin esperanza?
—¡Qué bueno es usted!



—¡La adoro, princesa!

—Me gusta mi papel. ¿Cómo serviría mejor a mi princesa que con un puñal en el corazón y una sonrisa en los labios?

Mientras hablaban, habían dejado el observatorio y paseaban por el jardín. A su encuentro salió el príncipe Alberto, quien dijo a Haller:

—¿Cómo han ido esas investigaciones?

—Hablabía precisamente a Su Alteza de un

sucedido inesperado que esta noche se produjo en el cielo.

—¿En el cielo solamente? —respondió riendo. Acercóse a ellos la princesa Beatriz con su dama de honor.

—Alberto, no debe usted perder este último baile con Alejandra —dijo la madre.

—Encantado, señora.

Dió el brazo a la princesita y los dos fueron a bailar un vals lento y evocador.

Haller quiso entrar en el salón, pero la princesa Beatriz le dijo:

—Profesor Haller, parece usted fatigado.

—Al contrario, Alteza.

—Si tiene usted sueño, nosotras le excusaremos.

—Nunca me he sentido más despierto.

Y, a pesar de la oposición prudente de la princesa, entró en el salón para seguir con la mirada a Alejandra.

Ella le contemplaba con bondad. ¡Simpático profesor! Inspiraba su comportamiento lástima infinita. De vez en cuando, ella desviaba la vista y miraba al príncipe, que era realmente seductor... Pero, no, no se casaría con él; nunca querría un marido a la fuerza, impuesto por razones de Estado.

Alberto, que a cada instante se sentía más lealmente enamorado de Alejandra, con un amor muy distinto del sentido hacia sus casquianas y frívolas amigas, murmuró a su oído:

—Alejandra, estoy deseando declararme a usted...

—Nadie le obliga a hacerlo.

—¡Lo quiero! Y, dígame, ¿está usted todavía enojada por el incidente de esta mañana?

—Todo lo de esta mañana lo he olvidado.

—Yo no he olvidado lo encantadora que fué usted, Alejandra.

Ella le miró con recelo. ¿Hablaban en serio? ¿Se reía de ella? Probablemente Alberto no la amaba. Se iba a casar por orden del emperador. ¡Oh, si pudiese adivinar las verdaderas intenciones del príncipe! Ella, sí, ella se daba cuenta de que le quería con amor leal, que nadie imponía ni coaccionaba, con amor verdadero, del que nace en el fondo del alma...

A continuación se celebró el banquete de gala. Haller ocupó un puesto a la derecha de la princesa Alejandra, quien tenía a su izquierda a Alberto.

La dama de honor de Beatriz, instigada por ésta, rogó muy diplomáticamente al preceptor que fuera a ocupar otro sitio, pero él se negó con cortesía:

—Estoy bien aquí, gracias.

Y no hubo modo, a fin de no provocar un conflicto, de llevarle a otro lugar.

El príncipe sonreía y dijo:

—Alejandra, ¿sigue el profesor hablándole de los astros?

—Esta fiesta me ha ofrecido la primera oca-

sión de hablar con Su Alteza, y no quiero desaprovecharla—dijo Haller.

Alejandra estaba en una situación muy violenta. Los dos hombres eran rivales. Por el uno sentía amor, pero no fe. El otro le inspiraba ternura y piedad, pero no podía inspirarle otra clase de afecto.

Después de la cena, a la que asistió lo más selecto de la ciudad, Beatriz, su hermano el fraile y el príncipe Alberto fueron a tomar el café en una salita contigua.

Momentos más tarde entró Haller en compañía de la princesa Alejandra, a quien decía, como continuando una conversación científica:

—Así, pues, Alteza, nuestro planeta tiene muy poca importancia.

Alberto le miró con ironía y le dijo:

—Estaba usted tan silencioso esta mañana, profesor Haller... ¿cómo se explica su elocuencia de esta noche?

—¡Quizá esté inspirado por Su Alteza!

Y, cogiendo una copa, brindó audazmente:

—¡Por la belleza de la princesa Alejandra!

De un solo trago, con actitud un poco violenta, bebióse su contenido, mientras Beatriz, su hermano, Alejandra y Alberto le contemplaban con extrañeza.

—Profesor—dijo el fraile bondadosamente—. ¿Dónde aprendió usted a beber el “brandy” de esa manera?

—A decir verdad, padre, hoy pruebo el “brandy” por primera vez.

—¿Por primera vez? ¿De veras? —dijo Alejandra.

—Sí, Alteza... pero esta noche todo puede suceder.

Alejandra, rápidamente, bebióse otra copa de licor con el mismo enérgico ademán con que antes lo había hecho Haller.

—Esta noche... todo puede suceder — dijo riendo.

—Ya sé por qué lo ha hecho. Para que el profesor no se sienta turbado —dijo Alberto—. Comprendo que Alejandra le mire con simpatía. Sus explicaciones sobre los astros son muy amenas.

—Nunca he intentado hacerlas amenas, Alteza —dijo Haller.

—Esas explicaciones parecen tener una moraleja —añadió Alberto.

—Sí —dijo Haller violentamente—. La astronomía enseña que los hombres, como las estrellas, son mundos en pequeño.

—Todos los hombres?

—Todos! Pero una persona del rango de Su Alteza, difícilmente podría comprenderlo.

—Por qué?

—Sin duda ignora Su Alteza que los hombres, como los astros, son mundos indestructibles!

—Profesor Haller —dijo la princesa Beatriz con brusquedad—. Nadie piensa destruir aquí ninguno de sus mundos.

—A veces, las mujeres lo logran con una sonrisa, ¿verdad?

—Me gusta lo que dice usted —indicó Alberto. Todo eso parece muy romántico, pero, como usted dice, yo no puedo comprenderlo.

—En efecto, Alteza, hay cosas que usted desconoce.

—¡Magnífico! —dijo Alberto—. Me es usted muy simpático, profesor Haller.

—¡No tengo interés en parecerme! —respondió con insolencia.

—¡Esto es intolerable! ¡Ay, ay! —dijo doña Beatriz, y quedó sumida en una especie de ataque de nervios, teniendo que retirarse acompañada de su dama de honor y del príncipe Alberto.

Alejandra sentíase profundamente disgustada. Adivinaba el estado de alma de Haller. Hubiera deseado amarle...

El padre Manuel miró a Haller con cierto enojo, y le dijo:

—¿Qué, profesor? ¿No son ya bastantes locuras para una sola noche?

—No pude contenerme, padre.

—Me parece que debo mostrarme severo con usted... Pero —añadió al cabo de unos momentos—, ¿cómo tendrá valor para reñirle? La felicidad que usted ha soñado es imposible, lo sabe usted tan bien como yo.

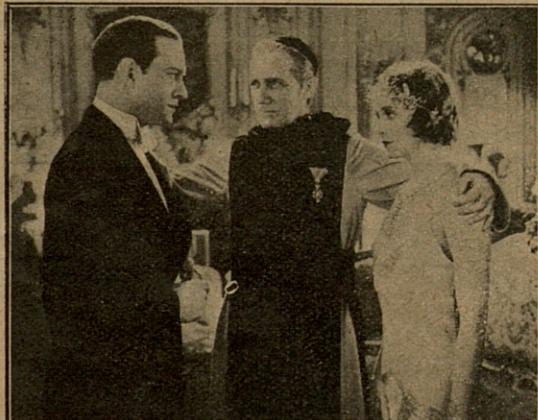
Haller miró a la princesa, quien bajó los ojos con melancolía. ¡Pobre romántico! Buscó el amor en el sol... y el sol ciega a los que le miran demasiado...

La dama de honor de la princesa Beatriz en-

tró en la estancia, rogando al padre Manuel que fuera a ver a su hermana.

—Ella pregunta por Vuestra Alteza.

Quedaron a solas la princesita y el preceptor. Todo en él era amor desesperado y amargo; en



—La felicidad que usted ha soñado es imposible...

ella, piedad, la santa piedad que, si no puede dar, consuela...

—¡Amigo mío! ¡Cuánto ha sufrido usted!

—¡Princesita, la amo! —sollozó.

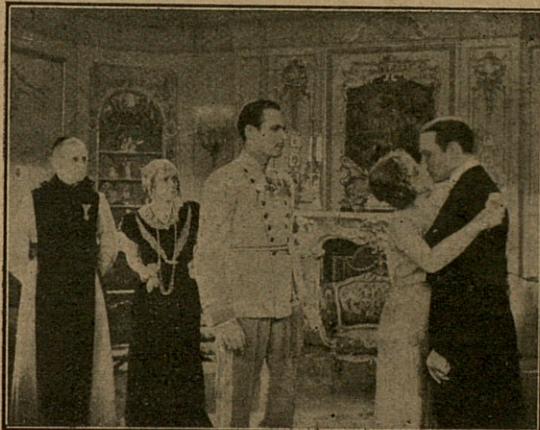
—¡Haller!

—¡Alejandra, la amo!

—¡Pobre amigo! Usted no merece eso, no.

Y sin poder contenerse, se acercó a sus labios y le dió un beso tímido, beso que no era de enamorada, pero sí consolador, de dulzura, que servía de bálsamo de piedad.

Haller la miró con emoción.



...y le pidió un beso...

Poco después apareció el príncipe Alberto, quien dijo:

—Ante todo, mil perdones. Vengo a decirle que su madre se ha retirado. El día ha sido muy fatigoso para ella. Confío que mañana estará completamente bien. Buenas noches, Alejandra...

Ella tenía los ojos bajos, sufriendo intensamente. Haller miraba con dureza al príncipe.

—¡Buenas noches, profesor! —siguió Alberto.
—Lo que dijo usted antes, me gustó. Un poco fuerte, pero muy original. Había inspiración en sus palabras. ¡Arriba, joven, siempre arriba!
—Su ironía es muy injusta, Alberto —dijo la princesa.

—Comprendo. Su madre me ha explicado el papel que el profesor Haller representa en esta comedia.

Haller se estremeció.

—¡Eso no es verdad! ¡Mamá no tiene derecho a decirlo! —dijo la princesa.

—Pero lo hace, ¿verdad? Buenas noches.

Salió precipitadamente... Y Haller, llevando en el alma una tristeza imborrable, viendo que ya era del dominio de todos su necio papel de comparsa, salió también, a tiempo que entraba el padre Manuel y le ponía una mano en un hombro:

—¡Vamos, sea usted fuerte! ¡No se deje amilanar demasiado!

Alejandra, profundamente inquieta por las varias impresiones de aquella noche, se retiró a su cuarto.

Permaneció largo rato llorando, con el alma apenada por el desaire dado al profesor.

De pronto entró en la estancia, por la puerta que daba al jardín, el príncipe Alberto.

—¿Cómo se atreve usted a entrar aquí? —dijo ella con energía.

—Deseo averiguar si está usted realmente enamorada.

Ella, que amaba a Alberto, pero que seguía

creyendo que el príncipe la cortejaba a la fuerza, le respondió:

—¿Con qué derecho me pregunta usted?

—Haller no la ama. Si la amase, en este momento estaría a su lado.

—¡No es como usted!

—¡No... porque yo la amo!

Y con su audacia característica, pero llevado de un verdadero amor, la besó en los labios.

—La besó él así alguna vez? —dijo, riendo.

Ella, saboreando el beso del hombre verdaderamente amado, pero ofendida al propio tiempo, respondió:

—¿Olvida usted quién es?

—Me hizo usted olvidarlo esta mañana. Desde entonces, estoy enamorado de usted.

—¿Usted se figura que porque me haya besado, voy a caer rendida a sus pies, como tantas otras?

—Usted es distinta de las demás. La amo de veras... la adoro con toda mi alma. Pero, ¿por qué he venido yo aquí? He hecho mal, muy mal. Su habitación es un santuario. ¡Adiós, princesa! Sepa usted que ninguna razón de Estado dicta mi declaración, que sólo el amor me llama.

Y, cuadrándose militarmente, abandonó la estancia, mientras Alejandra, deslumbrada, no osaba preguntarse si aquel hombre la amaba o no de veras...

* * *

Al día siguiente, el profesor Haller abandonó el palacio. Después de lo ocurrido, no podía continuar en la casa. Así se lo indicó la princesa Beatriz, y el pobre enamorado sin esperanza partió aquel mediodía.

Al atravesar el jardín, la princesa Alejandra salió a su encuentro. Sabía que se marchaba, y continuaba sintiendo por él la misma simpatía, la misma amistad que antes... No podía convertirla en amor, pero era caridad de la más hermosa.

—¿Iba a marcharse usted sin venir a decirme adiós? —le preguntó.

—Sí, Alteza —respondió cabizbajo.

—Entonces, ¿anoche no decía usted lo que sentía?

—Lo sentí hasta que usted me besó... Aquel beso me lo dió usted por compasión... Y yo no quiero su compasión.

—¿Cree usted que obré ligeramente?

—Princesita, anoche conocí la felicidad. Con servaré siempre el recuerdo de esa inolvidable noche romántica. Adiós, princesita. Soñé, y vuelvo a la realidad.

—¡Pobre Haller! ¡Si yo pudiese quererle!

—Aunque me quisiera, todo sería inútil. Dé-

jeme a mí con mis sueños, con mis estrellas. Nos separa demasiada distancia social. ¡Adiós, princesita!

Besó la mano de la princesa y se alejó lentamente. Fray Manuel apareció en el jardín y despidió con todo afecto al pobre enamorado. Después miró a la princesita Alejandra, que apenas podía contener las lágrimas.

—¡Pobre Haller! —murmuró ella.

—Déjalo que se vaya! El te adorará de lejos... como a sus estrellas. Es su destino. Deja que el mundo siga su marcha.

Momentos después, doña Beatriz, con grandes aspavientos, se acercó a su hija y a fray Manuel.

—Leed este telegrama que acabo de recibir.

Fray Manuel leyó:

Castillo Cartenberg:

Incidentes fronterizos obligan al emperador a ordenar a Su Alteza matrimonio inmediato con princesa María de Holberg.

Korth.

—¡He ahí el final de nuestros sueños! —murmuró la madre disgustada—. Y tú, Alejandra, tienes la culpa... tú y ese preceptor.

—Yo, no. Yo quiero a Alberto... yo le quiero.

Y, llorosa, viendo que había perdido al hombre amado, volvió a su cuarto para llorar su desengaño de amor, mientras la princesa Beatriz seguía discutiendo con su hermano el extraño fin de aquel proyecto matrimonial.

Pero aquella noche, encontrándose Alejandra

en su cuarto, escuchó una voz varonil que pronunciaba su nombre.

Asomóse a la terraza y vió con la mayor sorpresa a su príncipe.

—¡Alberto! ¿Usted?

—Necesitaba verla—dijo él con voz emocionada—. Mañana debo estar en Holberg. ¿Lo sabía usted?

—Sí.

Alberto, de un salto, se encaramó a la terraza, quedando junto a la princesa.

—Oigame un momento, Alejandra. Me marcho llevando en el corazón el recuerdo incomparable de usted.

—¡Cómo me engaña! ¿Por qué miente?

—No, no. Por razones de Estado, quieren que se verifique mi casamiento con la princesa María. Perdería mi trono si rehusase. Pero, yo, por usted, Alejandra, sería capaz de renunciar a ese trono para seguirla, para poder casarme con usted... ¿No comprende ahora la intensidad de mi amor?

—Pero, ¿usted llegaría a renunciar por mí al trono?—dijo, sorprendida.

—Sí... La quiero con todo mi corazón. Vine creyendo no poder amarla, y me marcho con el alma rota y sin esperanza.

Ella le contempló con emoción.

—Alberto—dijo con hondo fervor—. ¡Por fin! ¡Ahora sí que creo en usted... en ti... Alberto! ¡Me has dado una infinita prueba de amor!... Seré tuya... me casaré contigo. ¿Qué nos importa el trono, si nos queremos?

Se abrazaron tiernamente, y él la dijo, estremecido de felicidad:

—Prepara una maleta. Vamos a marchar inmediatamente para casarnos.

Pero en aquel instante aparecieron la princesa Beatriz y su hermano Fray Manuel, alarmados, pues un vigilante les había dicho que un hombre estaba hablando con la princesa Alejandra.

Les pidieron explicaciones. Y Alejandra les dijo:

—Mamá, soy feliz. Sé que Alberto va a perder un trono, pero no me importa—dijo la princesita—. Nos amamos y nadie nos detendrá.

—Sí, la quiero—dijo Alberto—. Ahora mismo vamos a casarnos. La gente se enterará de todo cuando se haya realizado el matrimonio.

Y, alborozados, riendo ante el asombro de la princesa Beatriz y de su hermano, Alejandra y Alberto bajaron al jardín para subir a un automóvil y dirigirse a una iglesia vecina.

—¡Pero eso es absurdo! ¡No puede ser... no puede ser!—dijo la princesa Beatriz, repuesta de su estupor—. Alberto quedará desheredado... y mi hija no será emperatriz el día de mañana... Y ¿qué va a decir esa princesa María de Holberg? ¿Qué pasará?

Fray Manuel sonrió y le mostró un calendario del Gotha.

—No te preocupes—dijo riendo—. No ha habido ninguna María en la familia de Holberg desde el siglo XVIII.

—¿Pues, entonces?

—¿No comprendes? Todo es una estrategia

de Alberto... Ha inventado lo de su casamiento con la supuesta princesa María para darse luego el gusto de decir que renunciaba al trono en aras de Alejandra. Alberto sabía que hay algo más romántico que un preceptor, y es un príncipe dispuesto a renunciar a su trono.

—Ya... ya decía yo...

Y sonrió alegremente, viendo ya a su hija, con el tiempo, convertida en emperatriz.

Entretanto, los novios iban a casarse en una modesta aldea para volver al cabo de poco rato y recibir de su madre una dulce bendición...

F I N

Próximo número:

Corazón de marino

por Anita Page y William Haines

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

BARCELONA: Barbará, 16; MADRID: Caños, 1

Tip. Barcelona - Aribau, 206 - Teléfono 75087-Barcelona

Ediciones BISTAGNE
Paseo de la Paz, 10 bis
Teléfono 18551 - BARCELONA
